

# **“LA SOCIEDAD DE LA IMAGINACIÓN”**

**RODRIGUEZ IBARRA**

**PRESIDENTE DE EXTREMDURA**

CONFERENCIA DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE DE EXTREMDURA EN EL CLUB SIGLO XXI DENTRO DEL CICLO  
“LOS CAMBIOS NECESARIOS”

**Madrid, 5 de mayo de 2005**

Muchas gracias, buenas noches. Quiero, en primer lugar, comenzar mi intervención agradeciendo al Club Siglo XXI y a su Presidente que hayan tenido la amabilidad de invitarme a este ciclo de conferencias sobre el cambio necesario y agradecerle, además, especialmente, tanto al Presidente como a Paloma, que hayan tenido la amabilidad de repescarme puesto que no tuve la posibilidad de comparecer en este Club en el mes de marzo y ellos me han concedido una segunda oportunidad que intentaré aprovechar de la mejor forma posible en beneficio de todos.

Quiero, en segundo lugar, a los miembros de la Comisión Ejecutiva Federal de mi Partido, encabezados por José Blanco; al expresidente del Gobierno, Felipe González; y al Nuncio de Su Santidad; Presidente del Consejo de Estado; en definitiva, a los extremeños que han venido hasta aquí y a los que están aquí, de Extremadura o de Madrid, muchísimas gracias a todos por su presencia, presencia numerosa.

Yo, no es la primera vez que acudo a este Club y, por lo tanto, tengo experiencia en este tipo de Conferencias, y nunca había generado esta Conferencia tanta expectación, de lo que deduzco que el mérito es de la presentadora y no del presentado, porque en otras ocasiones, con presentadores distintos, no había tanta expectación.

Quiero decirles que debería estar prohibido hablar en esta tribuna que nos acoge bajo la denominación del Siglo XXI, debería casi estar prohibido hablar del siglo XX o del siglo XXI, puesto que Club Siglo XXI ya te da la pauta de lo que deberíamos intentar hablar en un Club que nació en el XX pero que tenía como expectativas hablar del futuro.

El siglo XXI, además, debería ser el aliciente para reflexionar sobre este siglo, sobre el siglo XXI, que promete, desde mi punto de vista, cambiar, de arriba abajo, todos y cada uno de los conceptos que hasta ahora hemos manejado en todos los órdenes de la vida.

Eso es lo que pretendo hacer en la Conferencia que voy a dar esta noche aquí, pidiendo disculpas a los que puedan sentirse defraudados, al final de la misma, por no haber hablado del siglo XX, o del siglo XIX, y de los problemas del siglo XIX y del siglo XX, que hoy se tratan en España en pleno siglo XXI.

Para evitar frustraciones he querido que el título de mi Conferencia señalara, sin posibilidad de otra interpretación, lo que pretendo decir. A más a más, que dirían mis amigos catalanes, he querido y conseguido que la persona que presentara mi Conferencia diera también una pista clara de por dónde quiero circular esta noche. Y he dicho bien, la persona que presentara mi Conferencia, porque no pretendía que Ana Patricia Botín presentara al Conferenciante, aunque he visto que algunos datos de mi infancia y adolescencia están en su poder, sin duda como consecuencia de alguna investigación que haya podido hacer alguno de sus colaboradores.

Efectivamente, yo iba todos los días, en verano, al río Guadiana a pasar en barca, fundamentalmente a los que iban a hacer, desde Madrid, las representaciones del Teatro Romano de Mérida, y a las ocho de la mañana yo estaba puntual a la orilla del río, esperando que entonces la jovencita María José Goyanes, pudiera ser pasada por mí en el río y darme alguna oportunidad, que, jamás, nunca pude conseguir.

Pedí a Ana Patricia Botín que presentara esta Conferencia titulada Sociedad de la Imaginación, para que lo que yo diga aquí, esta noche, no sea considerado solamente producto de la fantasía de un político fabulador, sino para que ganara credibilidad mi Conferencia, incluso antes de que ustedes tengan la amabilidad de escucharla para que aquellos que les suena lejano lo de la sociedad del conocimiento, de la imaginación, puedan apreciar que hay personas en el mundo de la economía, de las finanzas, muchísimos menos en el mundo de la política, quizás Felipe González sea el exponente del político que mejor domina esta materia; pero hay personas, en el mundo de la economía, de las finanzas, que llevan ya algunos años, apostando por una forma nueva de abordar el éxito y la competitividad, y la Presidenta de Banesto es una de esas personas, que ha llevado al Banco que dirige al liderazgo tecnológico, al liderazgo en las nuevas tecnologías, y que ha declarado, en alguna ocasión, que las nuevas tecnologías ya no son sólo una ventaja adicional, optativa para las pequeñas y medianas empresas, sino que es un requisito indispensable para el éxito.

Y ésa es la razón por la que pedí y obtuve su consentimiento para que la Presidenta de Banesto presentara esta Conferencia, avalada por la experiencia que ella tiene en un mundo nuevo, en una sociedad nueva, desde una institución financiera antigua, pero con criterios muy nuevos desde el punto de vista de la Sociedad del Conocimiento. Gracias a Ana Patricia Botín por sus palabras, y por su generosidad hacia este político que después de más de treinta años sigue siendo más conocido por los titulares de prensa que por su acción política.

He dicho antes que conozco a pocos responsables políticos que apunten por nuevas formas de abordar el crecimiento, el desarrollo, el progreso, la competitividad.

Sin embargo, no conozco a un sólo responsable político que no adobe sus discursos con referencias a innovación más tecnología, más investigación. No conozco a casi ningún político que no se refiera a la Agenda de Lisboa o a la

Sociedad de la Información. Sin duda debe tratarse de referencias bienintencionadas, en unos casos o con el objetivo de seguir la moda en otros. Pero nadie que observe la realidad de nuestro país podrá tener la impresión de que esos discursos provocan en la ciudadanía la sensación de que estamos en un nuevo ciclo donde casi todo debe enfocarse desde perspectivas y planteamientos diferentes.

Algunos, dentro de su buena fe, han llegado a creer que apostar por la nueva sociedad es construir redes de comunicaciones y alfabetizar algo a la sociedad en el uso de las nuevas tecnologías. Y es cierto que se ha avanzado mucho en España en las redes de comunicaciones, lo que sin duda es importante, aunque también es lo más fácil de hacer, me refiero a redes de comunicaciones tecnológicas. Pero tengo la impresión de que se invierte en redes con el mismo objetivo que quien invierte en carreteras o en ferrocarriles. Se invierte en redes para ir al mismo sitio que cuando se invierte en carreteras. Y para el sitio de siempre ya sabemos el camino: intentar hacer lo mismo que hicieron nuestros padres pero mejor.

Durante los últimos treinta años, España ha conseguido instalarse en el grupo de países más desarrollados del mundo. Es un éxito del que debemos sentirnos orgullosos como españoles. Nuestro modelo económico y social fue el adecuado a la vista de los resultados. El desafío que tenemos por delante en estos momentos los españoles de hoy consiste en mantenernos en ese grupo de países privilegiados. Sabemos qué políticas y qué comportamientos sociales y económicos nos permitieron dar ese gran salto. No estoy seguro de que sepamos qué debemos hacer para no perder pie en la nueva sociedad que se está abriendo ante nuestros ojos. Sí se puede y se debe saber que lo del pasado ya no nos servirá para el presente y para el futuro.

Y la mayoría de la población, y también la mayoría de los dirigentes sociales, políticos, económicos, siguen instalados en el pasado, en el camino de siempre. La carta de Miguel Ríos, magnífico cantante de rock y mejor persona, al diario "El País", demandando la actuación del Ministerio del Interior para acabar con el tráfico de canciones en Internet, es la mejor prueba de la cantidad de ciudadanos que aún no se han enterado de que la humanidad ha acometido la mayor revolución de la historia, y que consiste en pasar de lo analógico a lo digital. Miguel Ríos aún no ha comprendido que los consumidores compramos canciones, y sólo canciones, no formatos en los que hasta ahora estaban registradas esas canciones. Conduce, pues, a la melancolía recurrir al Ministerio del Interior o al de Cultura para que penalicen con criterios analógicos la libertad digital de hoy.

Soy un militante de un partido de izquierdas, del Partido Socialista Obrero Español, y responsable político de una Región que estadísticamente se sitúa entre las menos desarrolladas de la Unión Europea.

Las dos circunstancias, ser de izquierdas y ser responsable de una región todavía con bajos niveles de desarrollo, me deberían conducir o bien a una acción política temerosa ante los cambios que se están produciendo en la sociedad del siglo XXI, o bien a una acción política decidida que imitara a

Francisco Pizarro, cuando trazó una raya en la arena y dijo: “De aquí para acá ya sabemos lo que hay. De aquí para allá está el futuro”.

¿Y qué hay de aquí para acá, desde mi punto de vista?

En la parte de acá se encuentra una sociedad que insiste en comportarse únicamente con los parámetros de la sociedad industrial sin entender o querer comprender que, en los albores del siglo XXI, esos parámetros comienzan a quedar obsoletos y que no pueden ser utilizados más que para ir al sitio de siempre y por el camino de siempre. Y el sitio de siempre ya no sirve desde mi punto de vista.

Cuando nos empeñamos en que nuestros hijos se preparen para hacer lo mismo que hicimos nosotros pero mejor, estamos pretendiendo ir al sitio de siempre por el camino de siempre.

Sostengo que el camino de siempre nos conduce al fracaso. Que la productividad y la competitividad basada en los conceptos tradicionales no va a dar más de sí. Que la deslocalización industrial, en un mundo globalizado y profundamente dual y desigual, es un hecho imparable.

Si algunos dirigentes territoriales entendieran que las cosas comienzan a ser diferentes, tendrían la obligación de preparar a sus ciudadanos para que no encuentren la solución a sus problemas de crecimiento y de competitividad en una mejor financiación autonómica, sino en una adaptación a la nueva realidad. Si fueran capaces de ser líderes en la sociedad industrial ya y además, también, en la sociedad nueva, podrían volver a serlo en la sociedad del conocimiento, en la sociedad de la imaginación. Se trataría de enderezar bien el fusil y apuntar al objetivo exacto.

¿Y de la raya para allá, qué hay? De la raya para allá está el futuro.

La izquierda, históricamente, o ha sido temerosa o ha sido revolucionaria.

Normalmente, frente a los cambios tecnológicos, la izquierda, y sobre todo el sindicalismo de clase, históricamente se han asustado frente a los cambios tecnológicos. El temor a perder mano de obra en cualquier revolución tecnológica se ha impuesto a la competitividad y al progreso. La derecha liberal, por el contrario, ha buscado, en esos cambios, el beneficio económico inmediato, sin pararse a pensar en los costes que para el conjunto de la masa salarial significarán los mismos.

En los albores del siglo XXI, estamos en un momento donde la izquierda española puede y debe liderar el cambio de sociedad que se está produciendo y, al igual que ocurrió con la segunda revolución industrial, con Keynes, hacerla sostenible y solidaria.

El modelo actual, tanto el de producción como el de redistribución, está entrando en crisis. Estamos pasando a un nuevo modelo de economía, a un nuevo modelo de producción, a un nuevo modelo de empresa, a un nuevo

modelo de sistema financiero, a un nuevo modelo de información, a un nuevo modelo de privacidad, a un nuevo modelo de familia. En definitiva, la nueva sociedad comienza a alterarlo todo.

Estamos asistiendo a una nueva sociedad donde el futuro ya no se presenta lineal, lento, certero y previsible. Ese futuro, que ya casi siempre es presente, se presenta traicionero, imprevisible, de sopetón, a saltos y a sobresaltos. Es imprescindible, por lo tanto, que sepamos que ese futuro será muy distinto del presente y del pasado. Antes, el futuro y el pasado eran iguales, pero ya no.

Nadie está seguro de nada, y nadie sabe cómo será mañana. Y los dirigentes políticos mundiales, que deberían intentar analizar e intuir ese futuro para dominarlo, insisten en mantenerse con las recetas del pasado o, como mucho, en Europa, intentando imitar modelos sociales foráneos que, lejos de hacernos más competitivos, más productivos y más cohesionados, nos desvertebran y nos hacen más desiguales.

La sociedad que se está formando, y sin ánimo de ser exhaustivo, se caracteriza por las siguientes notas distintivas:

Primera. Hasta hace poco más de un siglo, la Historia nos tenía acostumbrados a la lentitud. La sociedad avanzaba casi de forma imperceptible. Sólo las revoluciones o las grandes guerras permitían apreciar cambios notables en la vida de los pueblos y de las gentes.

Por el contrario, en los inicios del siglo XXI, estamos asistiendo al proceso de transformación más importante y vertiginoso de toda la historia de la humanidad. Las evidencias son notables aunque aún nos cuesta entenderlas, aceptarlas y dominarlas.

En cualquier faceta de la vida que observemos podemos encontrar esos cambios significativos que lo están alterando todo. Por ejemplo, la política y la democracia se están quedando anticuadas. El modelo de poder que regula el orden actual está seriamente tocado. Estamos en un entorno de red. Esto es, que es ubicua, es decir, que cada punto está accesible desde cualquier parte de la red, y que hay mucha densidad de información. En un entorno de red, lo pequeño adquiere poder, porque lo pequeño es además abierto. En consecuencia, se produce una inversión de la idea de poder. Todo poder ha sido siempre grande y cerrado, pero la red crea poderes pequeños y abiertos. Ahí están los últimos sucesos de Ecuador para acreditar lo que digo, y para recordarnos que se acaban los mesías, los líderes, y para decirnos que desde lo pequeño aparecen fenómenos que superan la suma de las partes. Ya no será suficiente, por ejemplo, que pensemos que la democracia, para que sea creíble y apoyada, piense, por ejemplo, en el voto digital. Es necesario comenzar a pensar en votaciones digitales, donde el elector elige no solo al candidato, sino a propuestas diferentes de formaciones políticas diferentes, elaborándose así, por parte del ciudadano, su propio programa de gobierno.

Para complicar más las cosas, aquí, en nuestro país, hemos iniciado una carrera marcha atrás que nos sitúa en los siglos XVIII y XIX, ya no combatiendo

en la dialéctica centro-periferia, sino en la del feudalismo versus modernidad. El Plan Ibarretxe o las balanzas fiscales son dos de los exponentes del foralismo y del privilegio de unos territorios sobre otros.

El fracaso de las revoluciones burguesas en España impidió un proceso de igualdad lingüístico y ciudadano que hoy estamos todavía pagando los españoles. A este país nuestro, creo que ya no le enriquece la diversidad, sino que le anula la capacidad de acometer políticas que nos introduzcan en esa nueva sociedad que se está formando, mientras nosotros empleamos nuestro precioso tiempo en discutir sobre privilegios feudales o cuasi-feudales, en hablar mucho de España y poco o nada de los españoles.

Otro ejemplo. La familia comienza a dejar de ser lo que era, con el fenómeno nuevo de que, por primera vez en la historia, pasaremos un tercio de la vida formándonos, un tercio trabajando y un tercio jubilados. Y digo “fenómeno” porque no considero que eso sea un problema sino una situación ventajosa si sabemos pensar en esa nueva estructura poblacional.

Segunda característica. No descubro nada si les señalo que en la nueva sociedad las distancias han comenzado a desaparecer. Si en la sociedad industrial, de la que procedemos, las distancias eran fundamentales y daban o quitaban posibilidades de desarrollo, en la nueva sociedad significan poco o nada.

Países o territorios situados en la periferia tienen, o pueden tener, las mismas posibilidades de desarrollo que otros tradicionalmente ubicados en el centro de todos los progresos y procesos. Les podía poner el ejemplo de Finlandia o de Irlanda. Ambos en la periferia de la periferia y, a pesar de eso, en los últimos años, están experimentando un crecimiento constante y sostenido.

Las distancias comienzan a ser irrelevantes en el nuevo horizonte de desarrollo. Y no existen, sencillamente, porque como dice Felipe González todos somos centro y todos somos periferia. En Internet, como en el nuevo mundo, no existen centros ni jerarquías basadas en las distancias.

Para los españoles, y desde luego para los extremeños, que también éramos la periferia de la periferia, se suprime esa traba, ese alejamiento que nos hizo perder oportunidades en los tiempos en que sí existían los kilómetros.

Tercera característica. Ya no son imprescindibles las materias primas tradicionales para que un país pueda desarrollarse y progresar. La materia prima fundamental ha dejado de ser la tierra, el carbón o el acero. Ahora la materia prima también es la inteligencia, la creatividad, la emoción, la imaginación. Para más ventaja, mientras la tierra, el carbón, el acero, eran posesiones sólo al alcance de unos cuantos, la capacidad es patrimonio de todos y, si sabemos utilizarla, puede ser un patrimonio común desde el que afrontar un futuro distinto.

Con todos estos ingredientes, y muchos más que cualquiera de ustedes puede añadir, la pregunta válida es: ¿al sitio de siempre, por el camino de siempre, o a sitios distintos por caminos diferentes?

¿Cuáles son los riesgos del inmovilismo?: aceptar como válidos los conceptos tradicionales de producción y competitividad, por ejemplo. Si nos conformamos con el inmovilismo, vamos a una catástrofe. El actual modelo cada vez será más ineficaz. Lo nuevo que está emergiendo, no va a conseguir salir adelante sin derrumbar lo viejo. El problema es que lo viejo nos está atenazando con una gran mentira: la mentira del presente, la de creer que hemos llegado a una situación terminal. Y por eso se insiste en interpretar el futuro no como progreso, sino como crecimiento.

En los años 60, España experimentó un desarrollo económico basado en los Planes de Estabilización, costes salariales bajos y precios más bajos que los países con los que competíamos. La economía y el mercado estaban cerrados, las fronteras existían, y la globalización no había hecho acto de presencia.

Por el contrario, hoy, nuestros precios y nuestros costes se asemejan bastante a los países con los que competimos, e incluso son mucho más altos que los costes de los países emergentes. La consecuencia es que en los países más avanzados de la Unión, están viviendo, estamos viviendo, un proceso de fragmentación y de deslocalización de empresas tremendo e imparable.

La era del vapor sigue estando aquí, y sigue instalada en las sociedades industriales, pero el vapor y todo lo que conlleva se puede comprar fuera y a precio muchísimo más baratos y, por lo tanto, la solución no está en buscar medidas clásicas para detener una sociedad que se está yendo. La solución la encontraremos intentando ir a otro sitio, a otra sociedad, por un camino distinto.

Cuarta característica. Es una realidad que estamos viviendo una época donde el tiempo ya no se mide en segundos sino en nanosegundos. Vivimos un tiempo donde los cambios se producen a un ritmo vertiginoso, donde todo se produce en serie, donde todo se estandariza, donde todo se copia, donde los productos, cada día, poseen ciclos más cortos, donde lo que hoy es una gran innovación deja de serlo, no en diez, en veinte o en treinta años, como antes, sino en un año, en meses e incluso en días. Estamos en un momento en el que nace algo nuevo y muere casi a la misma velocidad que nace. ¿Cuál era, por ejemplo, el ciclo de vida de un automóvil en los años 60? ¿Veinte, quince años. ¿Cuál es el ciclo de vida de un automóvil hoy, que puede recorrer 100.000 kms., sin pasar por el taller? Dos años, aproximadamente.

Y si vamos a algo más doméstico, el ciclo de vida de un teléfono móvil ronda los dos meses. Las compañías se ven obligadas a sacar un producto nuevo cada dos meses para mantener la competencia.

Quinta característica. Estamos en un mundo globalizado con exceso de ofertas y donde hay de todo. En ese contexto, imaginar tiene mucho sentido. Innovar radicalmente en el mundo actual no es un capricho. Si hubiera que sintetizar lo que está ocurriendo ahora en el mundo de la empresa, habría que sintetizarlo

en la frase “la oferta supera a la demanda”. Hay mucho de todo. Hay exceso de cosas. Esto nos obliga a los consumidores a elegir. Y ese contexto es el que lleva a quien produce a la obsesión de ser eficientes, a producir más y mejor. Pero, señoras y señores, ser eficientes ya no es suficiente. Lo importante es ser diferentes, radicalmente diferentes y, a ser posible, ser únicos.

El juego de las empresas y del consumo es ya un juego de competencia mundial, en el que hay que intentar ser únicos en algo, tener un monopolio en algo, aunque sea temporalmente.

La nueva sociedad sustituirá -ya lo está haciendo- lo natural por lo artificial, lo real por lo virtual, lo grande por lo pequeño, lo cerrado por lo abierto, lo estático por lo dinámico.

La nueva sociedad crea realidades nuevas, distintas, artificiales, virtuales, cambiantes, en las que lo pequeño remite siempre a lo grande, y en las que la combinación y la mezcla de las cosas, de las situaciones y de las personas -y de éstas entre sí- es uno de sus principales valores.

Si estábamos históricamente acostumbrados a la lentitud en los cambios, ahora debemos estarlo a la extrema movilidad, al vértigo en las transformaciones, al dinamismo social, económico y cultural.

En definitiva, una nueva sociedad, donde el proceso no es lineal sino biológico, donde lo que cuenta fundamentalmente es la formación, la inteligencia, la osadía, el riesgo, la diversidad, y la imaginación. Ése es el nuevo sitio y esos son los factores que definen al nuevo sitio, a la nueva sociedad.

¿Y quiénes de entre nosotros reúnen esas características de formación, inteligencia, osadía, riesgo, diversidad e imaginación? Las respuestas son nuestros jóvenes. Y con ellos es necesario establecer un pacto, un pacto con la juventud española para poner esa fuerza, propia de su edad, a favor del proceso de transformación en el que estamos inmersos. Ése es el significado profundo del grito de la juventud española a José Luis Rodríguez Zapatero: no nos falles. Que quiere decir, desde mi punto de vista, no olvides quiénes somos, cómo somos, qué pensamos, qué podemos hacer y qué estamos dispuestos a hacer si alguien cuenta con nosotros.

Tenemos millones de jóvenes en España, con edades comprendidas entre los 16 y 35 años, llamando a la puerta, esperando que esa sociedad nueva que ellos sí ven, porque la imaginan, se alíe con ellos y puedan tener su gran oportunidad.

Nuestros jóvenes son tolerantes, solidarios, abiertos, flexibles a las diferencias culturales, generosos, tan inteligentes como cualquiera, responsables, trabajadores, y con unas ansias enormes de vivir, de soñar, de ser felices, y con una predisposición enorme para asumir riesgos hasta límites que pudieran parecer, a los que ya no somos tan jóvenes, hasta insensatos. Jóvenes que hacen proyectos y dicen: “Como no sabía que era imposible, lo intenté y lo logré”.

Jóvenes capaces de aprender y desaprender con enorme capacidad. Ahí está el ejemplo del euro; los mayores no olvidaremos jamás la peseta, mientras que para ellos sólo existe el euro. Frente a nuestra cultura analógica, nuestros jóvenes están plenamente inmersos en la cultura digital.

Es innata, en ellos, su capacidad de experimentación. Asumen con facilidad el riesgo, sin temor al fracaso, precisamente porque son jóvenes, porque tienen todo el tiempo y están en la edad de aprender y probar de nuevo, una y otra vez, si es necesario.

Están habituados a los cambios de la nueva sociedad y de la cultura digital: Internet, los teléfonos móviles, los ordenadores, etc., son sólo pasos en un proceso que asimilan con facilidad, a diferencia de las generaciones anteriores. Para ellos, el cambio constante y vertiginoso no es una tragedia que los paralice, sino un proceso más, un paso más en su proceso de formación y aprendizaje.

Para los que ya no somos tan jóvenes y venimos de la cultura analógica, si nos cambian un simple teléfono móvil, nos crean un problema. Para los jóvenes es un aliciente, un aliciente más en su cultura digital.

Y, además, por si fuera poco, tienen la capacidad, la formación y la imaginación para provocar ellos mismos los cambios. Un joven indignado, con un teléfono móvil en las manos, es capaz de cambiar hasta el Gobierno de una nación.

¿En qué consistiría ese Pacto con la Juventud por la nueva sociedad?: tú me das tu fuerza, tu imaginación, tu formación, tu osadía, tu capacidad, y la sociedad, a través de sus órganos de poder, elimina las trabas que impiden que tu fuerza, tu formación, tu imaginación, tu osadía, puedan desarrollarse y ser útiles para ti y para tu país.

Para ello, para ese Pacto, en primer lugar será necesario inocular en la sociedad una nueva concepción del riesgo y del fracaso.

Una nueva concepción del riesgo, en una nueva visión social, donde se destruya el "horror al error", esa imagen negativa que se tiene actualmente del fracaso. El error debe ser considerado inherente al emprendimiento, beneficioso, necesario para llegar al éxito. En definitiva, debe surgir un nuevo concepto donde el fracaso sea el éxito del aprendizaje, y donde lo penalizado sea la inactividad, nunca los fallos o los errores.

Así lo ven por cierto, ya muchas organizaciones que han empezado a aplicar los nuevos valores de esta sociedad que nos está llegando. Son conocidos casos como los de Microsoft, donde para determinados puestos de responsabilidad prefieren contratar personas con experiencia en errores en sus anteriores empresas, aunque esos errores les haya supuesto el despido. Ya no sólo es importante el conocimiento, sino la osadía, la imaginación y la capacidad de experimentar y asumir riesgos. Poco a poco, la capacidad para asumir riesgos se valora más que la seguridad de quien nada arriesga.

En segundo lugar, tampoco la educación debe ser ajena a los nuevos valores. El sistema educativo español y europeo es de transmisión de conocimientos, pero para la pasividad. Se forma bien a los estudiantes, pero una vez formados, lo que tenemos son demandantes de empleo de alta cualificación. Les damos educación a los ciudadanos, pero no les hemos proporcionado espíritu de iniciativa. Y en una sociedad donde se anula el espíritu de iniciativa, no emerge la cultura del riesgo.

Acometer los necesarios cambios en el sistema educativo exige reconocer al menos tres realidades del sistema actual no precisamente halagüeñas, y que son las siguientes. Uno, aún no se han adaptado sus modelos de intercambio de conocimientos teóricos a los nuevos avances tecnológicos. Dos, se sigue educando para la pasividad. Y tres, ha quedado obsoleto el concepto de titulación como unidad de acreditación de la formación adquirida.

Un ejemplo de la primera constatación. Si rescatáramos de su tumba a un profesor universitario del siglo XIX y lo trajéramos a un laboratorio de alguna de nuestras universidades, estoy seguro de que no sabría dónde se hallaba y no estaría capacitado para iniciar ninguna investigación. Si, por el contrario, a ese profesor lo situáramos en cualquier aula donde se imparten conocimientos teóricos, no tendría problemas para continuar las clases.

Nuestro sistema educativo aún no ha adaptado sus aulas a los avances tecnológicos. Algo tendríamos que hacer al respecto. Se están rompiendo, una a una, una tras otra, las formas clásicas de aprender y de enseñar debido a la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, y eso está dejando en entredicho a la Universidad y a todo el sistema educativo español y europeo.

Segunda realidad. Se sigue educando en nuestras escuelas y en nuestras universidades para la pasividad; se sigue educando para sacar profesionales al mercado que sean capaces de satisfacer demandas, pero no somos capaces de educar para generar ofertas.

Las consecuencias son evidentes. Hace poco le pedí a mi Gabinete que hiciera una comparación entre las ofertas de trabajo anunciadas en la prensa española y la prensa del resto de la Unión Europea. Las conclusiones fueron dos. La primera es que el número de ofertas de trabajo de la prensa española es muy inferior a las de, por ejemplo, la danesa. La segunda conclusión es que en las ofertas de España se buscan fundamentalmente vendedores, comerciales y técnicos comerciales. Sólo una minoría de las ofertas españolas están dirigidas al área técnica, requiriendo jefes de obra, técnicos de mantenimiento y, raramente, se busca algún ingeniero de redes o similar.

Todas esas actividades indican que estamos ante un país de comerciantes. ¿Pero, quién inventa los productos que nosotros vendemos? En los periódicos nórdicos hay páginas enteras buscando ingenieros y técnicos cualificados para departamentos de I+D+i. Es decir, allí se buscan profesionales para desarrollar y crear precisamente lo que vendemos aquí.

La cultura empresarial española no está dirigida a la creatividad innovadora en el desarrollo e investigación de nuevas técnicas, tecnologías y productos, sino a la obtención de un beneficio comercial inmediato. Nosotros, por ejemplo, los españoles, vendemos equipos y componentes para la red informática; incluso estamos en condiciones de realizar la instalación y puesta en marcha de esos equipos; pero la inteligencia que incorpora la tarjeta de red y transforma los impulsos eléctricos en datos, esa inteligencia, se desarrolla en Estados Unidos, en La India, en Irlanda o en Finlandia.

Tercera constatación, tercera realidad a tener en cuenta para estos cambios que preconizo en el sistema educativo. El porcentaje de titulados universitarios españoles que actualmente ejercen la profesión para la que estudiaron es bajísimo y enorme el número de cursos y masters que deben realizar esos mismos universitarios, una vez finalizadas sus carreras, para conocer y adecuarse al sector del mercado al que pretenden acceder.

Sin negar la necesidad de un cierto porcentaje de especialistas puros en cada materia, creo que sería obligado que la mayoría de los estudiantes tuvieran un conocimiento previo de la sociedad en la que van a trabajar y, en consecuencia, eligieran sus disciplinas ajustándolas al sector en el que pretenden aplicar sus conocimientos. La universidad no puede seguir organizando los conocimientos a impartir al margen de las demandas de la nueva sociedad, que es distinta de la sociedad que hemos vivido de aquí para atrás. La universidad debe ser el observatorio de la evolución de mercados y de comportamientos sociales para poder reorientar sus enseñanzas permanentemente y, de esa forma, ofertar a sus estudiantes currículos adecuados que les permitan desarrollar la imaginación y la capacidad creativa sobre situaciones reales.

Desde mi punto de vista, y es una afirmación fuerte, está obsoleto el concepto mismo de titulación como unidad de acreditación de la formación adquirida, habilitadora para el ejercicio profesional. Comprendo las dificultades que acarrearía una universidad sin un catálogo de títulos estándar y consensuado internacionalmente. Una fórmula de transición supondría el establecimiento de planes de estudios en los que la troncalidad abarcara estrictamente los créditos mínimos, que habilitaran para el ejercicio eficaz de sus funciones laborales o profesionales. El resto de los créditos a cursar serían libremente elegidos por cada estudiante entre la oferta contenida en el proyecto educativo de la universidad, o incluso de otras universidades, en función del diseño curricular que se haga cada estudiante.

A los príncipes herederos, a quienes van a ser reyes, se les diseña un currículo universitario que va más allá del corsé que ofrece un título; se seleccionan sus temas de estudio en función de la actividad que van a desarrollar cuando sean reyes. Cada alumno universitario, en mi opinión, debería tener el mismo derecho, el derecho a ser tratado como un príncipe heredero, con un trayecto universitario ajustado a la sociedad en la que va a desarrollar su tarea profesional.

En definitiva, me pronuncio por un nuevo modelo que requeriría la descatalogación de las actuales titulaciones oficiales, para ser sustituidas por un catálogo de conocimientos y habilidades para las distintas funciones laborales y profesionales.

Pero los cambios que exige la sociedad de la imaginación no sólo atañen a la economía o al sistema educativo. Para el nuevo mundo que se avecina se impone también la necesidad de dar un valor real a las personas por encima de las cosas. Hay que invertir en las personas porque son las que, con sus capacidades, pueden hacer crecer lo que se propongan.

Esto puede parecer obvio y, por lo tanto, desgraciadamente siempre lo obviamos. Estamos en esta nueva sociedad y todavía tenemos sistemas demasiado tradicionales. Un ejemplo: los sistemas contables de las empresas siguen considerando "gasto social" a las personas e "inversiones" a las cosas. En consecuencia, lo primero que recorta una empresa cuando afronta una crisis son las personas y no las cosas. Y eso a pesar de que todo el mundo da por sabido que las personas son "el principal activo" de la empresa.

Si queremos obtener beneficios a medio plazo, en nuestros días debemos invertir ya en el abono, es decir, en fomentar la capacidad creativa de las personas. No podemos seguir anclados en los sistemas de la sociedad industrial, cuando se prefería invertir en máquinas que agilizaran el proceso, antes que en personas que lo reinventasen. El valor de la nueva sociedad es el capital humano, sin duda.

Éstos son los ingredientes básicos de la nueva sociedad. Si a la tecnología y al conocimiento le sumamos la diversidad y la tolerancia, y a la imaginación le aplicamos el principio de la experimentación, estaremos preparados para esta nueva era. Todos ellos son instrumentos suficientes para encarar los problemas de nuestro tiempo.

La sociedad de la imaginación enunciada en el título de esta conferencia es el necesario enlace entre la sociedad de la información que ahora comenzamos a vivir y la sociedad del conocimiento que anhelamos. Las tecnologías o la información no bastan. Para desarrollar las nuevas oportunidades que los ingenios tecnológicos o los avances en la información ofrecen es fundamental la imaginación. Lejos de acomodarnos con nuestros logros, es necesario explorar todas las posibilidades que nos brinda la nueva sociedad que ya se está implantando.

Pero para que la sociedad de la imaginación se materialice en un proceso ordenado, hace falta también liderazgo, capacidad de decisión y de influencia; alguien que trace la raya e invite a conquistar el futuro, hace falta, en definitiva, poder. Y ese poder no sólo se ejerce desde la esfera política, también existe en los medios financieros, en la prensa y en la sociedad. Por ello es necesario cambiar la actitud de la sociedad, de los poderes públicos y de los medios económicos y periodísticos frente al desafío de los nuevos tiempos.

Si un joven acude, por ejemplo, a una entidad crediticia para que le financien una inversión inmobiliaria, la compra de un piso, inmediatamente obtendrá el apoyo necesario, pero si acude a la misma entidad para que le financien un proyecto empresarial relacionado con el conocimiento y con la imaginación, en definitiva el sueño de su vida, es probable que se encuentre con una negativa. Para los bancos, generalmente, y las cajas, a pesar de estar ya en el siglo XXI, sigue valiendo más el ladrillo que la inteligencia, la creatividad o la imaginación de la generación de los españoles mejor preparados de la historia.

Por eso, por ejemplo, quien está adivinando cómo va a ser esa sociedad en el 2010, es capaz de tener el valor político de dibujar unas formas nuevas de alojamiento para nuevos jóvenes, cuya forma de vida no se va a parecer en nada en ese año a los jóvenes de hace treinta años que estudiaban, trabajaban, compraban un piso y tenían familia numerosa. Quienes no son capaces de imaginarlo, desde su concepción antigua y cateta arremete, por ejemplo, contra la ministra Trujillo, en un ejercicio malévolo, cateto y antiguo.

De igual forma, es más fácil que un chico o una chica obtengan apoyo económico de su familia para celebrar su boda, a poder ser por todo lo alto, o para la entrada de un piso, que aval de sus padres para un proyecto empresarial que seguramente es el sueño de su vida.

También los medios de comunicación deben saber adaptarse a las nuevas exigencias de desarrollo. No se puede ni se debe seguir informando sobre la nueva economía y la nueva sociedad con los criterios de la sociedad industrial o con las pautas de la vieja sociedad. Me imagino la cara de Bill Gates o de los inventores de Google cuando un periodista le preguntara al año y medio de estar trabajando en su proyecto: ¿cuántos puestos de trabajo ha creado usted en este año?

Pero la nueva sociedad es una sociedad protagonizada por los jóvenes que no se limita a un horizonte de progreso material. La sociedad de la imaginación es también la sociedad de la imaginación social, la capacidad de soñar y construir una sociedad diferente, de imaginar y experimentar nuevas formas de articulación social, maneras nuevas de relación entre los diferentes actores sociales (públicos, sociales y privados), condenados a cooperar, a sumar fuerzas, a producir inteligencia colectiva.

Es necesario, finalmente, que la sociedad de la imaginación disponga de instrumentos de fomento de la creatividad auspiciados por las instituciones, pero con vocación social. En Extremadura hemos comenzado una experiencia en este sentido. Lo llamamos Gabinete de Iniciativa Joven y es un instrumento para generalizar esa sociedad de la imaginación de la que les estoy hablando esta noche. La intención es conseguir jóvenes ilusionados, apasionados, con iniciativa, capaces de hacer cosas nuevas y no simplemente de repetir lo que han hecho otras generaciones; jóvenes con ganas de cumplir su proyecto de vida en su propio territorio; jóvenes creadores que inventen pensando en su país, en su región, en su desarrollo, en su futuro, en el futuro de todos; jóvenes protagonistas de una nueva revolución social y económica; jóvenes con espíritu emprendedor que, utilizando la imaginación, busquen nuevas fórmulas de

autoempleo y conquisten aquellos ámbitos aún no descubiertos por el sistema productivo actual.

El Gabinete de Iniciativa Joven extremeño es una pieza más de la estrategia de construcción del futuro de Extremadura que estamos llevando a cabo desde hace años. Si a finales de la década de los noventa apostamos decididamente por la sociedad de la información, ahora la apuesta es la imaginación. El Gabinete es un instrumento de desarrollo para Extremadura cuya finalidad básica es la de incorporar, con metodologías innovadoras, la capacidad de imaginación, creación e innovación de los jóvenes y de toda la población extremeña a los grandes retos de progreso cultural y económico de la región. La originalidad del Gabinete está, en buena parte, en el hecho de ser un instrumento integral de desarrollo de la región a partir de las potencialidades de imaginación, creatividad e innovación en ámbitos artísticos, sociales, culturales y empresariales.

Pero la innovación no es la ruptura con lo anterior, sino sobre todo el uso innovador de lo experimentado.

En este sentido, el Gabinete no quiere ser una invención desarraigada de la experiencia. Por eso uno de sus principios organizativos de actuación es aprovechar lo ya existente, inocular una dinámica de colaboración entre los numerosos agentes sociales que en Extremadura están operando hoy.

Ése es el futuro que imaginamos. Ya no sólo es cuestión de dejar de ser furgón de cola de un desarrollo tradicional; el reto de mi tierra está en convertirse al mismo tiempo en la máquina creativa e innovadora que abra la vía de un nuevo modelo de progreso basado en la imaginación y en el talento. Un modelo basado en la credibilidad y que sea un foco de atracción para inversiones y personas.

Hablar de imaginación no es, pues, fabular ni hacer conjeturas irreales, es ejercitar el posibilismo, aludir a lo que más a mano tenemos: nosotros mismos, nuestra inteligencia, nuestra capacidad de crear, de diseñar nuestro propio futuro.

Los jóvenes, los jóvenes extremeños y los jóvenes españoles tienen derecho a una sociedad construida sobre estos parámetros, y esa misma sociedad exige para su desarrollo aprovechar el caudal de imaginación y de inteligencia de la juventud. Ellos son el presente y ellos tienen que protagonizarlo. Es hora de que todos, tanto ellos como nosotros, salgamos al encuentro de nuestro futuro; ese futuro sin distancias y que sólo reclama la capacidad humana para sostenerlo; ese futuro que ya no nos llega con la lentitud de antes sino con la rapidez de unos tiempos distintos que auguran, por primera vez en la historia, una oportunidad para democratizar el progreso.

En Extremadura, el gobierno que presido ha entendido que su papel, en esta nueva sociedad, consiste en impulsar la innovación, apoyar la actitud emprendedora y hacer de la innovación tecnológica y social una fuerza dinámica. Es decir, hemos decidido avanzar por caminos distintos para llegar a

sitios diferentes. Para ello, hace falta invertir dinero, pero sobre todo, tener el valor político de hacer reformas necesarias en la administración, en la universidad, en la educación básica, en el sistema de ciencia y tecnología.

El valor político lo tenemos, sin duda. El dinero, como siempre, es escaso. Seguiremos con el valor político y encuadrando nuestro proyecto en la España descentralizada y en un mundo globalizado. No obstante, si el Estado Federal es lo que dicen que es los que hablan como hablan, a mí, señoras y señores, que me bajen inmediatamente.

Gracias.